

¿Conjugamos?

Por Eduardo Mancini. Maestro de música en la Escuela N° 816 "Rodolfo Rivarola", profesor en la Escuela Secundaria N° 546 "Ángela Peralta Pino" y en la Escuela Técnica N° 683 "Gral. Pascual Echagüe", todas de Rosario.

Yo teletrabajo

Soy un inmigrante digital. En el territorio de mi infancia hubo libros de lectura y algunas novelas, *Billiken* y la colección *Lo sé todo*, diarios y *Selecciones del Reader Digest*, una TV en blanco y negro, radio a transistores para los partidos del domingo, discos de vinilo y, de vez en cuando, películas en tecnicolor en un cine del centro. Para comunicarnos íbamos a un teléfono público o poníamos cartas en un buzón. Ya habían aparecido mis primeras canas cuando mi entorno comenzó a poblarse de discos compactos, MP3, CPU, monitor, teclado, mouse y, bastante más tarde, el aparatito más adictivo, el celular. Convivo desde entonces con words, pdfs, links, mails, videos, web, descargas, google, facebook, posteos y un etcétera no tan largo. Tal fue mi ingreso al mundo actual. Digo mal: al mundo de ayer nomás. Porque la pandemia nos arrojó de bruces a un nuevo escenario poblado de plataformas virtuales -zoom, google meet, moodle- classrooms y foros, videollamadas colectivas, tutoriales y la mar en coche.

La llegada del teletrabajo a la educación por causa de la pandemia me reafirma en dos ideas. Una se despliega como nunca: el aprendizaje es permanente, también para los docentes. Nunca terminamos de aprender, para responder a nuevas necesidades muchas veces imprevistas. Y así hoy, para protegernos del coronavirus y garantizar a la vez la continuidad pedagógica, estamos aprendiendo a teletrabajar. Somos conscientes de que nada puede reemplazar el trabajo en las aulas, pero sabemos que del otro lado hay oídos y ojos que esperan y no vamos a dejarlos solos. La segunda idea, en cambio, se manifiesta por ausencia: el verdadero aprendizaje es dialógico, con idas y vueltas entre muchos sujetos de un colectivo. Y usando los cinco sentidos: hablándonos y escuchándonos, entendiéndonos o confrontando, debatiendo cara a cara, mirándonos a los ojos, oliéndonos -para bien o para mal- y tocándonos cuando nos damos la mano, el abrazo amigo o la palmada cómplice. Y también saboreando: hasta que no vuelva el mate a la sala de maestros, que no me hablen de normalidad.

Vos teletrabajás

Arrancás a la mañana, apenas listo el mate o el café. En la mesa preparada para las clases virtuales, ordenada y casi vacía al comienzo de la cuarentena, ahora se amontonan el pendrive con los recursos multimedia elegidos ayer, las hojas de tareas para los alumnos -con las sugerencias de la paralela anotadas al margen-, un listado de pelis y documentales para recomendar a los alumnos, otro de las familias a las cuales hay cosas que comunicar, el impreso con las últimas instrucciones de la supervisora, un frasco de mermelada abierto ayer... Alrededor de ese bochinche sobrevuelan tus sentimientos, extrañas las clases en el salón, el ruido de los recreos, las ocurrencias de los chicos, los chistes de tus compañeras, mientras le rezás a san módem para que no baje la señal porque si no se va al diablo el tiempo calculado, o le prendés una vela a sanmovistar para que no se te acaben los datos justo ahora, mientras tu pibe se te cuelga del brazo porque está aburrido de jugar solo, y te acordás de que tenés que llamar a tu vieja que le tocó cuarentenear sola y anda un poco alicaída del alma, y tarea va tarea viene llega el mediodía, las cebollas ya están doraditas y es el turno de agregar el tomate pero justo te llega un whatsapp, es Kevin que no entendió una tarea, o Alicia que te explica que a esta hora le toca usar por un rato el único celular de la casa, y ya es la hora del almuerzo y todavía falta un montón Y...

Ella teletrabaja

Ella es joven, no tiene hijos, vive sola. Como le interesa la historia, se pone a googlear para ver qué pasaba con la escuela en pandemias anteriores. Se entera por ejemplo que en la de fiebre amarilla de 1871, que duró medio año y se llevó puesto a un 8% de los porteños, se cerraron todas las escuelas menos la de huérfanos, más poblada que nunca, que se mudó a Lomas de Zamora. O que un maestro, el italiano Pedro Scalabrini (padre de Raúl Scalabrini Ortiz) transformó su escuela en un lazareto y se puso él mismo a asistir a los enfermos. Lee después sobre un nuevo cierre general de escuelas en 1918, cuando la gripe española que recorría el mundo llegó al país. En una última búsqueda, se anoticia que durante la epidemia de polio de 1956 también cerraron las escuelas, y que Uruguay y Brasil clausuraron la entrada de argentinos mientras el gobierno de facto de entonces, encabezado por el militar Pedro Eugenio Aramburu, negó durante tres meses la existencia de la pandemia. Con pena ella descubre que hubo entonces miles de niños infectados, que muchos de ellos quedaron paralíticos y que 700 murieron. Y que unos cuantos se hubieran salvado si hubiesen accedido a pulmotores, varios de los cuales habían sido destruidos al momento del golpe de estado porque pertenecían a la Fundación Eva Perón. Lee también que si no murieron más fue gracias al heroico trabajo de médicos/as y enfermeros/as de los hospitales públicos, aquéllos que habían florecido durante la gestión del médico Ramón Carrillo en los años peronistas. Ella se queda pensando que negacionistas hubo siempre, que odiadores hubo siempre, que... Después se le ocurre que esto puede resultar interesante a sus alumnos de sexto, que podría darlo en ciencias sociales, les va a proponer que investiguen el tema. Prepara recursos didácticos para abordar el tema... está teletrabajando.

Nosotros teletrabajamos

Nosotros teletrabajamos por varios motivos. Porque queremos cuidarnos y cuidar a todos de este virus aún poco conocido que hoy nos amenaza. Porque habiendo defendido siempre la escuela pública y la educación como un derecho básico de las infancias, no podemos ni queremos resignarnos. Porque tantas maestras y maestros que nos antecedieron nos sostienen con su legado de acciones y palabras, nos alientan a persistir en la búsqueda de un futuro digno para nuestros alumnos, nos recuerdan el valor de los afectos para que el hecho educativo se pueda consumir. Teletrabajamos aunque estemos cansados, agobiados e irritados, según dice una encuesta realizada para registrar obiedades: también lo están las familias, los que perdieron el trabajo o viven de changas que hoy no pueden hacer, así como muchos alumnos que comparten un espacio minúsculo y cuentan con nula o escasa conectividad para la continuidad escolar.

Teletrabajamos también para defender lo conquistado. Bastante nos costó tirar abajo un gobierno que nos vapuleaba, que cerraba las escuelas de las islas, que nos ninguneaba incumpliendo las paritarias y pretendía entregar las aulas a voluntarios rompehuelgas, que nos mandaba la policía cuando exigíamos en la calle, que se burlaba de nuestros alumnos porque habían “caído” en la escuela pública y de nuestras universidades porque “los pobres no llegan”. Y que completó su cruzada de destrucción con una de sus acciones más canallas, vista desde las carencias del momento actual: les robó las netbooks a todos los pibes, les expropió aquella formidable herramienta que tan útil resultaría hoy.

Teletrabajamos porque apostamos a la vida. Nos tranquiliza no tener al frente del país a un fascista como Trump o Bolsonaro, sino a un presidente que comenzó su gestión volviendo a poner en pie el Ministerio de Salud, y que en lugar de privilegiar los intereses de los grandes empresarios pone en primer lugar el cuidado de nuestras vidas. Nos tranquiliza saber que se ha convocado a los científicos más preparados del país, aquellos que algún ministro una vez mandó a “lavar los platos” y a los que el anterior gobierno dejó sin presupuesto. Nos satisface que el ministro de

educación de la nación sostenga que la prioridad es acompañar a los estudiantes en esta dura experiencia y que no corresponde calificarlos en este contexto. Satisfacción algo menguada, hay que decirlo, por la picardía de cierto gobernador que ve en el silencio de las aulas y calles vacías la oportunidad para bicicletear nuestros reclamos. Error de cálculo, sin duda, para quien observe por un momento la trayectoria de los docentes. La pandemia pasará y las aulas se llenarán; y si deudas hubiere, esas calles vacías volverán a llenarse de guardapolvos que nunca lucen tanto como a la hora de la lucha.

Ustedes teletrabajan

Ustedes están hechos de otra pasta. Son grandes admiradores del primer mundo, pero hoy callan ante el desfile de ataúdes en Bérgamo o las fosas comunes en Nueva York: siguen agitando el cuco de Venezuela, uno de los países con menor número de víctimas, o de Cuba, que como tantas veces puso sus médicos al servicio de otras naciones. Ustedes desprecian al Estado, aborrecen pagar impuestos y claman por la libertad individual, pero acudieron al Estado cuando las compañías de aviación los dejaron en bolas y a los gritos en un aeropuerto europeo. El teletrabajo de ustedes se reduce a descargar el odio que los constituye, el odio de clase, el desprecio racista, el resentimiento de piojos resucitados que se creen campeones, de perdedores acostumbrados a que les pisen la cabeza y se consuelan porque hay uno que está más abajo al que pueden pisar a su vez. Entonces se lanzan a la búsqueda de aquello que quieren oír, festejan las ideas que fabrican Clarín, La Nación o Infobae y que repiten como loros los majules y leucocitos, cliquean me gusta y comparten fake news, copian y pegan, copian y pegan, copian y pegan, y muy de vez en cuando intentan argumentar con un vocabulario de cincuenta palabras y un compilado de diez frases hechas.

Cuando se cansan del teclado, ustedes le sacan lustre a las cacerolas para hacerlas sonar en el balcón, hoy en contra de que liberen al que robó un celular, mañana para defender a un gran empresario ladrón que estafó a medio mundo y al que el estado decide expropiar. Y cuando esto también los aburre, fabulan que son una especie de Che Guevara pero de derecha, y organizan baby showers o happy birthdays clandestinos, o se visten de combatientes anticuarentena y salen a las calles con carteles estrafalarios y bizarras consignas. En esos momentos de éxtasis, convencidos de que son unos vivos bárbaros, las babas les van cayendo hasta que alcanzan el punto exacto donde converge toda su personalidad: el propio ombligo.

Elles no teletrabajan

Ellas, elles y ellos no teletrabajan: trabajan. Trabajan poniendo el cuerpo y la mente. Pasan horas sin tiempo en la línea de fuego, en los hospitales donde el infectado precisa de su ciencia y su paciencia. Abren las escuelas aunque no haya clases presenciales, porque con el estómago vacío nada se puede y entonces hay que armar los bolsones, y entregarlos, y asegurar que lleguen. Los militantes de las organizaciones sociales que colaboran en las villas, hacen colectas, organizan merenderos o comedores comunitarios, fabrican barbijos para regalar, hacen las compras para un anciano solitario. Se suman los que manejan los ómnibus para que el que tiene que llegar llegue, conducen los camiones para que el alimento esté en todas partes, pilotean hasta China para traer el material sanitario requerido. Los que recolectan los residuos asegurando la higiene de las ciudades. Están también los que simplemente siguen plantando, cosechando, concurrendo a sus lugares de trabajo para producirlo esencial, desde medicamentos hasta elementos de higiene y alimentos. También los que atienden en un súper o un pequeño comercio para asegurar la circulación de estos productos imprescindibles. En medio de la pandemia, además, las mujeres siguen trayendo hijos al mundo, y cargan sobre sus espaldas la mayor parte de los trabajos hogareños de cuidado, a menudo invisibilizados, despreciados y no pagados y que hoy se revelan esenciales.

Esta simple enumeración nos revela, en su sencillez, el papel fundamental e irremplazable de los trabajadores. Los docentes, que estamos aprendiendo a teletrabajar, haríamos bien en incorporar también esta lección. Dicen que el mundo podría mejorar después de esta dramática experiencia: difícilmente lo haga si no asumimos, como colectivo de trabajadores, el papel de protagonistas.

Para terminar, imagino una vela virtual, soplo y pido tres deseos: que mis colegas y alumnos permanezcan sanos, que se logre la vacuna para este virus, y que nos encontremos pronto en nuestra escuela de siempre: la que enseña, resiste y sueña.